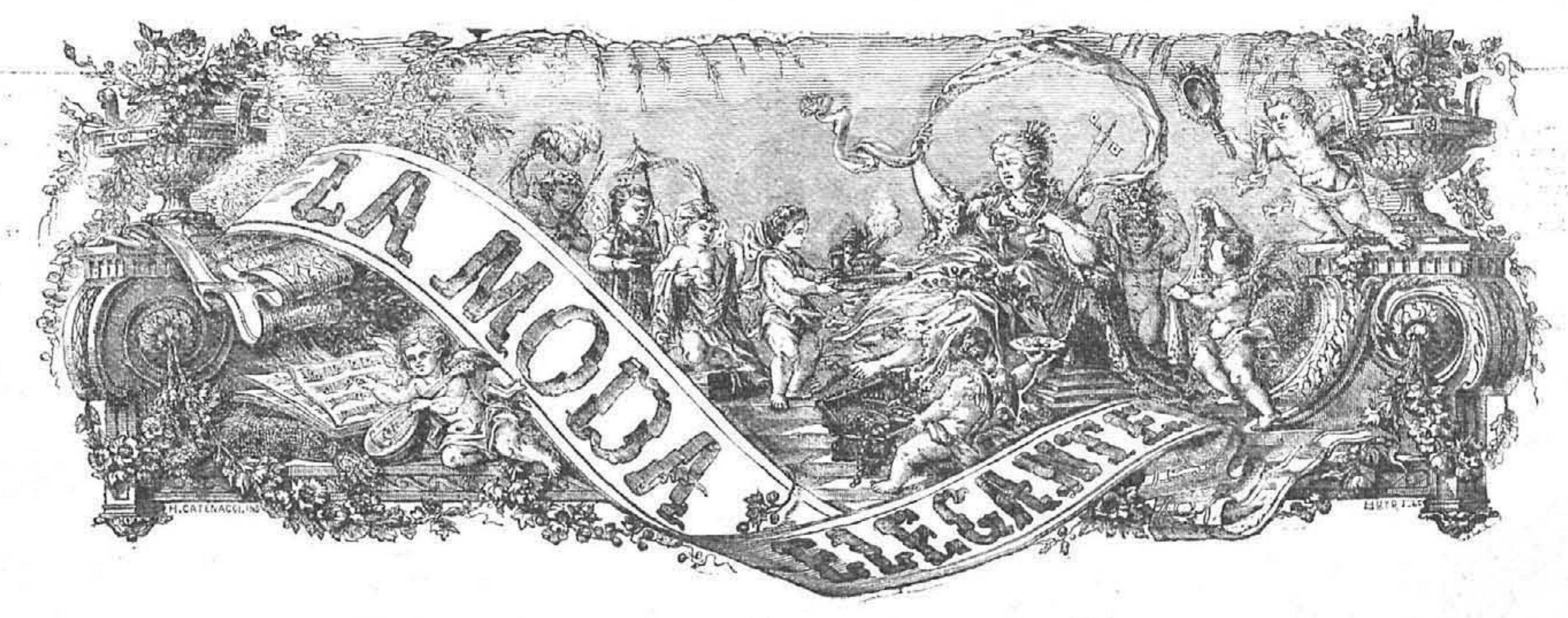


PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XXXII. Madrid, 30 de Octubre de 1873. NÚM. 40.

1 y 2.—Vestido de diagonal marron. Delantero y espalda. (*Explic. y pat., n.º IX, figs. 36 á 42 de la hoja.*)

3.—Vestido de biarrits gris. Delantero. (*Explic. en el verso de la hoja.*)

4 y 5.—Vestido de faya negra. Delantero y espalda. (*Explic. en el verso de la hoja.*)

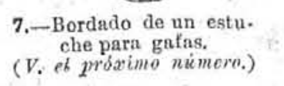
6.—Vestido de biarrits gris. Espalda. (*Explic. en el verso de la hoja.*)

Al presente número acompaña la hoja de patrones núm. 20.

SUMARIO.

Vestido de diagonal marron.
Núms. 1 y 2.

Para la explicacion y patrones de este vestido, véase el número IX, figs. 36 á 42 de la hoja de patrones que acompaña al presente número.



7.—Bordado de un estuche para gafas.
(*V. el próximo número.*)



9.—Traje para niños de 4 á 6 años.
(*Explic. y pat., n.º XI, figs. 48 á 52 de la hoja.*)

8.—Bordado de un estuche para gafas.
(*V. el próximo número.*)

Camisa de dormir para jovencitos de 14 á 16 años.
Núm. 11.

Véase, para la explicacion y patrones, el número XIV, figs. 57 á 63 de la hoja.

Camisa de dormir para señoritas de 14 á 16 años.
Núm. 12.

Para la explicacion y patrones, véase el número V, figs. 19 á 24 de la hoja.

Pantalon para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 13.

Véase, para la explicacion y patrones, el *verso* de la hoja.

Pantalon para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 14.

Véase, para la explicacion y patrones, n.º IV, figs. 17 y 18 de la hoja.

Gorra de dormir para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 15.
(Crochet.)

Ejecútase esta redecilla ó gorra de dormir, con algodon de crochet n.º 40. Se comienza por el centro.

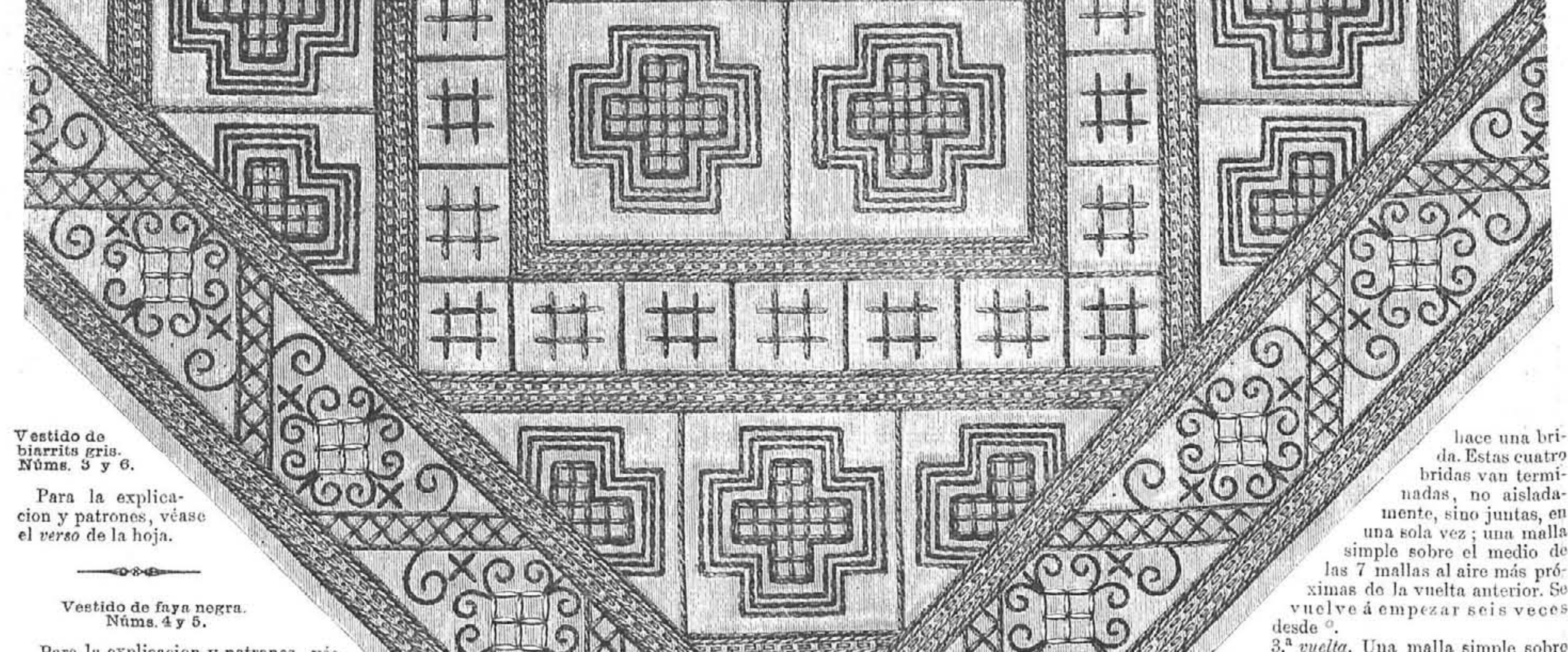
1.ª *vuelta.* Siete veces seguidas alternativamente 7 mallas al aire, y en la primera de estas mallas una malla simple. En último lugar, una malla simple en la primera malla al aire de esta vuelta.

2.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las 4 mallas más próximas de la vuelta anterior, ° 7 mallas al aire, y en cada una de las cuatro primeras de estas 7 mallas al aire se hace una brida. Estas cuatro bridas van terminadas, no aisladamente, sino juntas, en una sola vez; una malla simple sobre el medio de las 7 mallas al aire más próximas de la vuelta anterior. Se vuelve á empezar seis veces desde °.

3.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las tres mallas simples más próximas de la vuelta anterior; luégo, alternativamente siempre, una malla simple sobre el ángulo más próximo, 9 mallas al aire. En último lugar, una malla simple sobre la primera malla simple de esta vuelta.

4.ª *vuelta.* ° Tres mallas al aire, que hacen una brida, una brida sobre la malla simple más próxima de la vuelta anterior, 3 mallas al aire, 2 bridas sobre la malla en que se acaba de poner una brida, 9 mallas al aire. Vuelve á empezarse desde °, pero á cada una de estas repeticiones se sustituye una brida á las tres primeras mallas al aire que hacen las veces de brida. No mencionaremos más este detalle.

5.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las 2 mallas más próximas de la vuelta anterior, ° 3 mallas al aire, 2 bridas sobre las 3 mallas al aire siguientes, pertenecientes á la vuelta anterior, 3 mallas al aire, 3 bridas sobre las mallas al aire en que se han colocado las bridas, 5 mallas al aire sobre las curvas de las mallas al aire colocadas una sobre otra, pertenecientes á la 3.ª y 4.ª vueltas, 10 mallas al aire, una malla simple sobre las mismas curvas de la 3.ª y 4.ª vueltas, 5 mallas al aire. Vuelve á empezarse desde °. En último lugar, una malla simple sobre la última de las 3 mallas al aire que hacen las veces de brida.



10.—Velo para butaca (bordado ruso).

Vestido de biarrits gris.
Núms. 3 y 6.

Para la explicacion y patrones, véase el *verso* de la hoja.

Vestido de faya negra.
Núms. 4 y 5.

Para la explicacion y patrones, véase el *verso* de la hoja.

Dos bordados de un estuche para gafas.
Núms. 7 y 8.

Véase la explicacion en el número próximo del periódico.

Traje para niños de 4 á 6 años.—Núm. 9.

Véase, para la explicacion y patrones, el n.º XI, figs. 48 á 52 de la hoja.

Velo para butaca (bordado ruso).—Núm. 10.

Se le ejecuta con lienzo crudo con sedas de Argel de muchos colores vivos: cereza, azul y verde. El bordado se hace al punto ruso, y puede servir tambien para almohadones y taburetes, ejecutándolo en este caso sobre cachemir ó paño color crudo.

6.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las tres mallas más próximas de la vuelta anterior, 3 mallas al aire, que hacen las veces de brida, ° 3 bridas sobre las tres mallas al aire más próximas de la vuelta anterior, 5 mallas al aire, 4 bridas sobre las mallas al aire en que se han colocado las bridas, 5 mallas al aire, una malla simple sobre el buclecillo más próximo compuesto de mallas al aire, 10 mallas al aire, una malla simple sobre el mismo buclecillo, compuesto de mallas al aire, 5 mallas al aire. Vuelve á empezarse desde °. En último lugar, una malla simple sobre la última de las 3 mallas al aire que hacen las veces de brida.

7.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las 5 mallas más próximas de la vuelta anterior, y luégo, alternativamente, una malla simple sobre la 3.ª de las 5 mallas al aire (las más próximas) hechas entre las 4 bridas en la vuelta anterior, 10 mallas al aire, una malla simple sobre el buclecillo más próximo compuesto de mallas al aire, 10 mallas al aire. En último lugar una malla simple sobre la 1.ª malla simple de esta vuelta.

Las *vueltas* 8.ª, 9.ª y 10.ª se hacen como la 4.ª, 5.ª y 6.ª

11.ª *vuelta.* Una malla simple sobre cada una de las 4 mallas más próximas de la vuelta anterior; ° 3 mallas al aire, que hacen las veces de brida, 4 bridas sobre las 5 mallas al aire más próximas, 5 mallas al aire, 5 bridas sobre las 5 mallas al aire que contienen ya bridas, 5 mallas al aire, una malla simple sobre el buclecillo más próximo de mallas al aire, 10 mallas al aire, una malla simple sobre el buclecillo donde se ha colocado la última malla simple, 5 mallas al aire. Vuelve á empezarse desde °. En último lugar, una malla simple en la última de las 3 mallas al aire que hacen las veces de brida.

12.ª *vuelta.* Como la 11.ª, pero al principio se hará una malla simple más.

13.ª Como la 7.ª

14.ª, 15.ª y 16.ª Como la 4.ª, 5.ª y 6.ª

17.ª á la 23.ª *vueltas.* Como la 11.ª

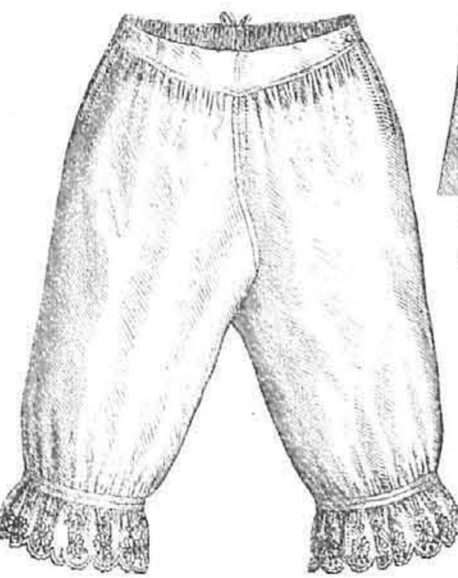
24.ª *vuelta.* Como la 1.ª Aquí queda terminado el fondo de la redecilla. Se le rodea con una especie de entredos calado, por el cual se pasa una cinta, y con una puntilla ó encaje.



11.—Camisa de dormir para jovencitos de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat., n.º XIV, figs.* 57 á 63 *de la hoja.*)



12.—Camisa de dormir para señoritas de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat., n.º V, figs.* 19 á 24 *de la hoja.*)



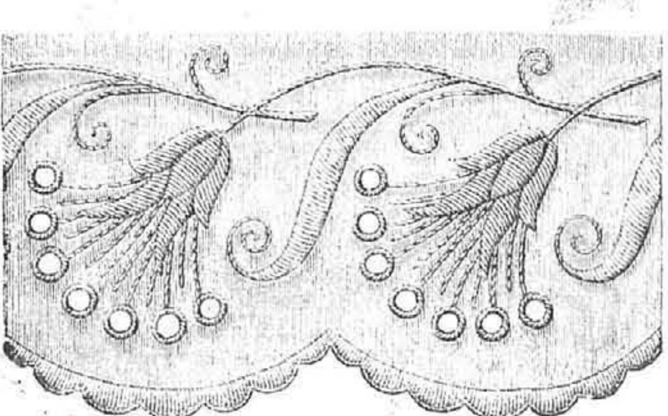
13.—Pantalon para señoritas de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat. en el verso de la hoja.*)

15.—Gorra de dormir para niñas de 10 á 12 años.

16.—Gorra de dormir para jovencitas de 12 á 14 años.
(*Explic. y patron, n.º XVII, figs.* 68 *y* 69 *de la hoja.*)



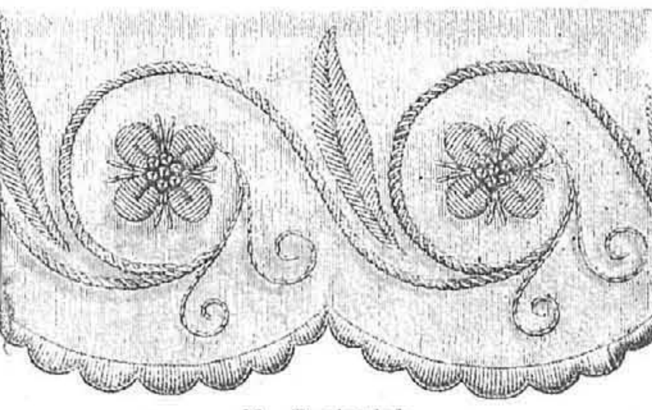
14.—Pantalon para señoritas de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat., n.º IV, figs.* 17 *y* 18 *de la hoja.*)



18.—Tira bordada.



17.—Chambra para señoritas de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat., n.º X, figs.* 43 *á* 47 *de la hoja.*)



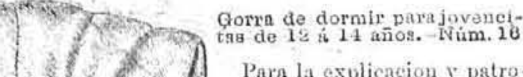
19.—Tira bordada.



20.—Pantalon para niñas de 2 á 4 años
(*Explic. y pat., n.º XII, figs.* 53 *y* 54 *de la hoja.*)



22.—Camisa de vestir para niños de 4 á 6 años.
(*Explic. y pat., n.º VI, figs.* 25 *á* 31 *de la hoja.*)



21.—Calzoncillo para niños de 5 á 7 años.
(*Explic. y pat., n.º XIII, figs.* 55 *y* 56 *de la hoja.*)

Gorra de dormir para jovencitas de 12 á 14 años.—Núm. 16.

Para la explicacion y patrones, véase el n.º XVII, figs. 68 y 69 de la hoja.

Chambra para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 17.

Véase, para la explicacion y patrones, el n.º X, figs. 43 á 47 de la hoja.

Dos tiras bordadas. Núms. 18 y 19.

Sirven estas tiras para adornos de ropa blanca. Se las borda al pasado y ojetes. Los ta-

23.—Camisa para jovencitas de 13 á 15 años.
(*Explic. y pat., n.º XVI, figs.* 66 *y* 67 *de la hoja.*)



24.—Camisa para señoritas de 14 á 16 años.
(*Explic. y pat., n.º XV, figs.* 64 *y* 65 *de la hoja.*)

25 Á 37.—TRAJE PARA S[illegible]ORAS, NIÑAS Y NIÑOS.



25.—Traje de faya.
(Explic. y pat., n.º I, figs. 1 á 4 de la hoja.)

26.—Traje de diagonal gris.
(Explic. en el recto de la hoja.)

27.—Traje de faya marron.
(Explic. en el recto de la hoja.)

28.—Traje de faya y terciopelo de lana.
(Explic. en el recto de la hoja.)

29.—Traje de vigoña de dos matices.
(Explic. en el recto de la hoja.)

30.—Vestido para niños de 2 á 3 años.
(Explic. y pat., n.º II, figs. 5 á 11 de la hoja.)

31.—Vestido de cachemir color bronce.
(Explic. en el recto de la hoja.)

32.—Vestido para niñas de 5 á 7 años.
(Explic. en el recto de la hoja.)

33.—Traje para niños de 4 á 6 años.
(Explic. en el recto de la hoja.)

34.—Traje de biarrits color piel de Rusia.
(Explic. en el recto de la hoja.)

35.—Vestido de cachemir azul oscuro.
(Explic. y pat., n.º III, figs. 12 á 16 de la hoja.)

36.—Vestido de cretona de lana oliva.
(Explic. en el recto de la hoja.)

37.—Vestido de cretona de lana gris.
(Explic. en el recto de la hoja.)

llos del dibujo n.º 19 se hacen con dos hebras de algodon y un punto por encima.

Pantalon para niñas de 2 á 4 años.—Núm. 20.

Para la explicacion y patrones, véase el n.º XII, figs. 53 y 54 de la hoja.

Calzoncillo para niños de 5 á 7 años.—Núm. 21.

Véase, para la explicacion y patrones, n.º XIII, figs. 55 y 56 de la hoja.

Camisa de vestir para niños de 4 á 6 años.—Núm. 22.

Para la explicacion y patrones, véase n.º VI, figs. 25 á 31 de la hoja.

Camisa para jovencitas de 13 á 15 años.—Núm. 23.

Para la explicacion y patrones, véase el n.º XVI, figuras 66 y 67 de la hoja.

Camisa para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 24.

Para la explicacion y patrones, véase el n.º XV, figuras 64 y 65 de la hoja.

Trajes de invierno para señoras, niñas y niños. Núms. 25 á 37.

Para la explicacion y patrones de cada uno de estos trajes, véase el *recto* de la hoja.

LA ROSA DE THÉ.

Seguí andando hasta encontrarme con Montenegro, que, á su vez, se adelantaba hácia mí. Al darme la mano me dijo:

—Perdone V. la franqueza con que invado estos sitios, y si me sirve de excusa, confiaré á V. una aficion que me domina y que me ha conducido hasta aquí, tal vez indiscretamente.

—¿Acaso—le pregunté—participa V. de mis aficiones? Allí, al otro lado de la estufa, están mi sala de armas y mi tiro de pistola.

—Oh—exclamó con perfecta naturalidad—soy á la vez un sér inofensivo é indefenso; no le disputo á nadie el derecho de vivir que nos ha concedido la naturaleza, y no sabria qué hacer de mi destreza si poseyera el arte de matar. ¿Qué quiere V., amigo mio? soy un filántropo, mas aún, un kuákero, y hasta prohibiria dar muerte á los animales. Comprendo que nuestras mesas perderian sus platos más suculentos, y esto levantaria contra mí el estómago del género humano; pero á lo ménos respetemos las vidas de nuestros semejantes: detesto las guerras y soy enemigo de la pena de muerte.

—En ese caso—añadí yo—debe V. tener el corazon constantemente afligido; porque si bien comprendo que al fin consolarán á V. de la muerte de los animales la sopa de tortuga, el hígado de pato y el solomillo de vaca, por lo que hace á nuestros semejantes, vivimos en una civilizacion en que las guerras, los asesinatos y los fusilamientos forman el tema obligado de nuestra historia. La última palabra civilizadora de nuestro siglo es la *commune*, cuyos horrores ha presenciado V. mismo en París.

—Sí—me contestó.—He presenciado en París los horrores de la *commune*, y ese espectáculo ha aumentado mi natural repugnancia á la sangre. La sola presencia de las armas me estremece, y en la necesidad de matar preferiria morir.

¿Hablaba formalmente? no podia creerlo; su persona se halla acentuada con rasgos varoniles que desmentian sus palabras, y encontraba en la expresion de su rostro una impasibilidad inalterable que no suele ser propia de los pusilánimes. En mis observaciones acerca de este hombre no le habia concedido nunca el valor impetuoso y arrebatado de los temerarios, sino más bien el valor frio, sereno, de los hombres que miden el peligro muchas veces ántes de acometerlo, que calculan tranquilamente todas las probabilidades y que no se juegan la vida más que en el último extremo.

Su vida muelle, opulenta y sensual alejan toda sospecha de que participe, ni de las sensiblerías de los filántropos, ni de las ridiculeces de los kuákeros. No puedo asegurarte qué religion profesa Montenegro, y me inclino á creer que ninguna, mas si pertenece á alguna de las cientos sesenta y tantas sectas en que se halla dividido el protestantismo, es de toda evidencia que no pertenece á la de los *legumbristas*.

Indudablemente se burlaba de lo mismo que decia, ó intentaba ocultarme el fondo de su carácter, ó tal vez no fuera más que una mera extravagancia de la conversacion; no obstante le dije:

—Huir suele ser lo más prudente, pero no es siempre lo más heróico, y hay ocasiones en que el hombre se ve obligado á tomarse la justicia por su mano.

—¡Justicia!—exclamó frunciendo el entrecejo.

—Hay casos de honor...—seguí yo diciendo.

Esta última palabra produjo un rápido cambio en su fisonomía, pues desarrugó el entrecejo y se sonrió amablemente.

—El honor—dijo—no existe desde que cada uno lo entiende á su manera. Es una preocupacion de la Edad Media, que está ya casi desterrada. Las dinastías de los caballeros se han convertido en series de espadachines; el honor no es un requisito excesivamente necesario para vivir con desahogo en el mundo. Este adelanto me parece incontestable. Pero nos alejamos del punto de partida de esta conversacion. No ha sido mi aficion á las armas el motivo que me ha impulsado á entrar en el jardin, sino mi aficion á las flores.

Ya ves, distinguido poeta y desdichado filósofo, que no es tan fiero el leon como lo pintan. Aquí tienes á Montenegro con toda su novelesca celebridad confesando con el candor de un niño mimado, que el espectáculo de la sangre lo aterra, que las armas lo asustan y que ama las flores; no diria más una colegiala.

Por poca perspicacia que me concedas, y en este punto parece que te has empeñado en quedarte con toda, no supondrás que he tomado sus palabras al pié de la letra. No encontró á la mano otra disculpa para excusar su presencia en el jardin, y apeló al recurso de las flores, lo cual te dará á entender que no dispone de una imaginacion demasiado pronta ni demasiado socorrida: para mí ha perdido el cincuenta por ciento.

Pensé que Octavia no ve en él más que lo que en el mundo se llama un buen partido si es que realmente su fortuna corresponde á su fausto; y cansada por lo visto de esperar un príncipe ruso, ó por lo ménos un lord cargado de libras esterlinas, se ha decidido á conquistar á Montenegro, convencida al fin de que los príncipes no se encuentran detras de la puerta, ni los lores caen por la chimenea.

Nunca hubiera creido que el mejor medio de conseguir buen éxito en esta especie de negociacion matrimonial fuese el que Octavia habia empleado, pero sin duda le urgia apresurar el momento, y preciso es reconocer que el golpe ha sido seguro, pues Montenegro ha caido en las primeras redes; falta saber si caerá en la segunda.

Nadie se resiste á correr las eventualidades de una aventura que halaga al amor propio, porque, al fin, Octavia posee una belleza meridional, tiene talento, y las originalidades de su carácter le dan mucho atractivo; ademas hasta ahora se ha mostrado insensible á las pretensiones de que ha sido objeto. Comprendo perfectamente todo el encanto que puede ejercer sobre los hombres—¿qué quieres?—desde que escondido detras de la cortina escuché su conversacion con Montenegro, la observo atentamente y encuentro en ella perfecciones qué ántes no habia notado. Su natural viveza ha perdido aquel aturdimiento con que tódo lo animaba, mas en cambio ha adquirido un aplomo majestuoso que da cierto realce á la gracia de su persona: cualquiera diria, y áun hay quien lo dice, que pretende desmentir con la gravedad de su aspecto la ligereza de su conducta. No tengas duda; Octavia puede inspirar un sentimiento profundo, yo he sacado este convencimiento de mis últimas observaciones. Pero bien, áun suponiendo que Montenegro esté perdidamente enamorado, ¿adónde puede conducirla la intriga en que se ha metido? La historia de este hombre es un enigma; ¿quién nos asegura que no esté casado?

El proceder de esta criatura seria para mí inexplicable si no viera en ella la ceguedad tan frecuente en las mujeres que se proponen atrapar lo que ellas llaman un buen partido.

Vanidad ó cálculo, ó ambas cosas á la vez: ahí tienes el móvil de su conducta. Ríete de mí sin misericordia. Yo, hombre de negocios, acostumbrado á conocer todos los tristes secretos de la prosa humana, habia llegado á creer, no sé por dónde, que no cabian en Octavia ni la vanidad ni el cálculo. Este chasco merece una silba.

Llevé á Montenegro á la estufa, donde recreó su aficion examinando tiesto por tiesto las diferentes especies de flores que contenian.

—Oh—exclamó de pronto.—¡La rosa de Thé!

—Sí—dije yo—es la flor de moda, y ése es por de pronto el primer mérito que la adorna.

—Su mérito es incontestable—me replicó.—La timidez de su perfume y la suavidad de sus tintas son dignas de la celebridad de que goza. Las camelias han perdido el pleito. Tiene esta flor algo de la aurora; la luz al reflejarse sobre la pureza de sus hojas no sabe qué color tomar, y es á la vez blanca, sonrosada y amarilla.

Yo me reia interiormente del entusiasmo con que admiraba las cualidades de la rosa de Thé, y me parecia el señor Montenegro un niño en el momento en que descubre el juguete más de su gusto. Seguia con mirada burlona los ademanes de su admiracion verdadera ó falsa, pues me parecia tan ridícula, que el novelesco personaje perdió para mí el cincuenta por ciento que le quedaba de su fama.

De repente sentí sobre mis párpados la suave presion de dos manos que me dejaron ciego, y casi al mismo tiempo sonó detras de mí una carcajada.

—¡Elisa!—exclamé riéndome yo tambien de la ocurrencia.

Cuando abrí los ojos, porqué las manos de Elisa me lo permitieron, Montenegro se hallaba con el sombrero en la mano, y el cuerpo inclinado hácia adelante en la actitud del hombre que saluda.

Esta vez la figura de Montenegro me pareció grotesca, y dirigiéndome á Elisa, que continuaba riéndose, la dije:

—Eres una loca; hace media hora que este caballero te está saludando y no le contestas.

—Perdone V., amigo mio—dijo—no habia reparado en ello. Pero ¡ah!—exclamó—¿y Octavia?

Al oir este nombre Montenegro, dejó ver una sonrisa bastante correcta, y se atusó, primero una, y luégo otra, sus grandes patillas.

Octavia entró entónces en la estufa diciendo:

—Alguna escena graciosa ha debido representarse aquí, pues he oido las carcajadas de Elisa. ¿Quién ha sido la víctima?

—Yo—me apresuré á decir sin poder contenerme.

—¿Y cómo ha sido eso?—preguntó al mismo tiempo que saludaba á Montenegro.

—No puedo referirlo con exactitud—dijo éste.—Me hallaba distraido contemplando esta bella rosa de Thé...

—Realmente—añadió Elisa—la cosa no merece la pena de contarse.—Es una niñería.

—En efecto—dije yo—sorprender á una persona por la espalda y taparle los ojos no es ciertamente un suceso que merece los honores de la historia.

Elisa apoyó la mano sobre el hombro de su amiga preguntándole:

—¿Te acuerdas cuántas veces haciamos eso en el colegio?

—Sí—le contestó Octavia—muchas veces lo hicimos, y no me sorprende que hayas recordado en esta ocasion aquel inocente juego de nuestra infancia; lo que no comprendo es el capricho de estos señores de permanecer en la estufa, donde hace un calor insoportable.

—No es un mero capricho—repliqué yo—el señor de Montenegro profesa particular aficion á la jardinería y ha querido examinar de cerca nuestra coleccion de plantas.

—¡Preciosa coleccion!—exclamó á su vez Montenegro.—Hay aquí plantas de todas las regiones.

—¿Y cuál de ellas—preguntó Octavia—merece más particularmente su atencion?

—En este museo de flores—contestó—la rosa de Thé es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia y dijo:

—Hé ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razon, aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo cogió el brazo de su amiga, y ambas salieron de la estufa; nosotros las seguimos.

¿Te parece todo esto poco interesante? es posible que lo sea, literato impertinente; pero ten paciencia y verás cómo la rosa de Thé no es tan sencilla como parece.

Mi amigo se engañaba; esta carta aumentó mis temores.

J. SELGAS.

LA ROMERÍA.

(IMITACION DEL ALEMAN, DE HEINE.)

I.

—¿Qué canto es ese que el aire
Lleva, madre, hasta mi cama?
—Es, hijo, ¿no quieres verla?
La romería que pasa.
—Estoy tan enfermo, madre,
Que ni veo ni oigo nada:
Pienso en mi Angelita muerta,
Y el corazon se me salta.
—¡Vén! yo llevaré el rosario,
Tú el libro de las plegarias;
¡Tal vez la Vírgen te cure
La tristeza que te mata!
Ya flotan los estandartes,
Ya la procesion avanza,
Ya se escuchan más distintas
Las campanitas de plata;
Ya los cánticos resuenan
Con que á la ermita cercana
La aldea acompaña toda
A la Imágen venerada.
Tambien, asido á su madre,
Va el enfermo á acompañarla:
Ambos cantan con el coro:
«¡Bendita seas, Vírgen santa!»

II.

Hoy tiene la Vírgen pura
Que escuchar muchas plegarias,
Que sanar muchas heridas
Y que enjugar muchas lágrimas.
De la Imágen milagrosa
Adornarán hoy el ara
Gargantas, ojos y manos
Formados con cera blanca.
Allí ofrecen las doncellas
De sus cabellos la mata;
Allí su muleta inútil
El cojo de ayer, que hoy anda.
La madre ha formado un tosco
Corazon de cera blanca:
—Dásele á la Vírgen, hijo,
Para que cure tus ánsias.
Él le toma, y suspirando
Se postra ante el ara santa;
De sus ojos brota el llanto,
Del corazon las palabras.
¡Oh Madre mia bendita,
Oh Vírgen pura y sin mancha!
¡Cúrame, Reina del cielo,
La enfermedad de mi alma!
Yo moraba con mi madre
Allí en la casita blanca;
Al lado vivia Angelita...

¡Y allí cerca está enterrada!
Cúrame la herida, Madre,
Que mi corazon desgarra...
Y diré miéntras aliente
«¡Bendita seas, Vírgen santa!»

III.

Durmiendo están hijo y madre
Allí en la casita blanca:
Con pasos que no se escuchan
Se ha entrado la Vírgen santa.
Envuelta en luz de los cielos,
Sobre el enfermo inclinada,
Pone en su pecho la mano
Con sonrisa dulce y vaga.
La madre lo ve entre sueños,
La madre cree que soñaba...
Aullan los perros tan fuerte,
Que se despierta azorada.
Mira al hijo que sonríe...
Sonríe muerto en la cama;
Su blanco rostro refleja
El albor de la mañana.
La madre junta las manos,
No sabe lo que le pasa;
Quedo, muy quedo murmura:
«¡Bendita seas, Vírgen santa!»

ALEJANDRO HARMSEN.

¡NO ME MIRES ASÍ!

No me mires así, que de tus ojos
Me deslumbra el fulgor;
No me mires así, fingiendo enojos;
Que me muero de amor.

Esos rayos que arroja tu mirada
Me hacen desfallecer...
No me mires así, vírgen amada;
No me hagas padecer.

Cuando en mis ojos va, consoladora,
La lágrima á brotar,
De los tuyos el fuego la evapora
Sin dejarme llorar.

¿No ves, mi dulce bien, en tus enojos
Que me muero por ti?
¡Templa, por Dios, el fuego de tus ojos!
¡No me mires así!

Habana, 13 Setiembre 1873.

V. NOVO Y G.



LA BOTELLA AZUL,

POR DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

(Conclusion.)

—Amalia debe tener cartas suyas, continuó Luis; busca en los libros, en los cajones, entre los cuadros, en fin, hasta en las botellas de su tocador, y algo encontrarás.

—Tienes razon, y si encuentro.....

—Si encuentras no harás nada, pero tendrás un pretexto para irte á viajar llevando á Consuelo.

—Dices bien.

—Y ahora guíame, que voy á salir.

—¡Cómo! ¿No sales por el balcon?

—No, hombre; lo que importaba era que Amalia no me viese entrar, para que no sospechase.

—Pero si Amalia no está en casa.

—¡Cómo! gritó sorprendido Luis, ¿que no está?

—Salió al anochecer para ir casa de Cristina, y áun no ha vuelto.

Luis pensó que sus amigos se habrian retirado en el momento y que poco importaba si no habian visto á Amalia.

Recobró todo su aplomo y salió.

Se fué al café Suizo, punto de reunion convenido de antemano.

En el departamento de la izquierda encontró á sus amigos, que bebian y fumaban.

—¿Eh? ¿Qué tal? le preguntaron.

Luis sonrió con audacia y contestó llevando las puntas de los dedos á los labios con un movimiento truhanesco y picante:

—¡Divina!

—¿Es amable?

—Demasiado.

—¿Y cariñosa?

—Es un volcan.

—Segun eso está muy enamorada.

—Hasta el delirio.

—Pues nosotros, dijo Bautista, que sufria al oir á Luis, hemos sido felices tambien.

—¡Cómo!

—Al entrar tú en el gabinete de Amalia y cuando nos disponiamos á venir aquí para brindar por tu buena suerte, hallamos á dos señoras, dos amigas, que nos han hecho el favor de acompañarnos, y hemos pasado un buen rato en su compañía.

—¡Hombre! Debisteis esperarme.....

—Es que áun no se han ido.

—¿Y dónde están?

—En el departamento de señoras.

—Pues vamos allá.

—¡Diablo! Eres un Heliogábalo amoroso, no te basta.....

Luis se levantó.

—Cuidado con hablar de tu aventura, le dijo Bautista con tono amenazador y siguiendo á Luis.

Pero la sonrisa de triunfo de Luis se borró bien pronto.

Al ver á Amalia palideció densamente y tembló.

¡Todo estaba perdido!

Vaciló y quiso retroceder; pero Bautista le dijo con voz queda pero de incomparable energía:

—El que tiene el valor de mentir para deshonrar á una mujer, debe tener el valor de arrostrar las consecuencias de su mentira.

—Es inútil prolongar esta escena, dijo Luis con descaro; he perdido; cuando gustes.....

—Federico y Lasala irán mañana á entenderse con tus padrinos, dijo friamente el Vizconde; entre tanto venid á saludar á esa mujer, á quien habeis querido perder y á quien Dios ha salvado.

—O su amante, encargado por Dios de darle aviso.....

—Mañana os contestaré, le dijo con altivez Bautista.

Y acercándose á la mesa en que Amalia, Cristina y Manuel se encontraban, la saludó respetuosamente y le dió las gracias por su bondad en haberle acompañado, diciéndole que desde aquel momento quedaba libre.

XVII.

LA BOTELLA AZUL.

Cuando Amalia entró en su casa, Bruno estaba inspeccionando todos los sitios que le parecia podian ocultar su secreto.

Al ver á Amalia cesó en su tarea y fué á sentarse con ella junto á una mesa.

En aquella mesa habia una preciosa botella azul con rayas de oro, una botella de noche, cubierta con un pequeño vaso y sostenida en un plato igual.

Hacia algun tiempo que aquella botella no servia; Amalia la tenia en mucho por ser un regalo de una amiga y temia se le rompiese.

Amalia hablaba con Bruno muy tranquila, cuando éste lanzó un grito y asió la botella con viveza.

—¡Ya la tengo! exclamó.

—¿Pero qué es lo que tienes? preguntaba Amalia riendo á carcajadas al ver los descompuestos ademanes de su robusta mitad.

—¿Qué? ¡Mira!...

Y poniendo la botella delante de la luz mostraba á Amalia un papel que habia dentro.

Amalia se reia de una manera tan franca y tan sencilla, que Bruno comenzó á dudar que fuese nada importante.

—¿Qué papel es ése? dijo Bruno.

—¡Bah! Yo no lo sé, te lo aseguro, dijo Amalia alegremente.

Bruno, sin dejar la botella, fué á buscar una hebra fuerte, con la cual volvió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Pues ¿qué he de hacer sino sacarlo?

Amalia, interesada tambien en saber qué papel era aquel que nunca habia visto, comenzó á ayudarle de muy buena gana.

Bruno, al ver aquella naturalidad, dudaba, pero la idea de que Amalia fingia le hizo proseguir.

Pero sus esfuerzos eran inútiles.

Amalia se reia tanto al ver sus gestos desesperados, que Bruno acabó por reirse tambien, pero sin cejar en su empeño.

—Amigo mio, dijo Amalia, ¿por qué no pones agua en la botella? El papel húmedo se adhiere fácilmente al hilo... Bruno lo hizo así, pero el papel no salia.

Entónces Bruno pensó romper la botella, pero Amalia se opuso enérgicamente á ese pensamiento.

Tomó la botella en su mano, introdujo el hilo doblado en ella, hasta coger el papel, y tirando rápidamente, sacó al fin el tan anhelado objeto.

Bruno se abalanzó á él y le desdobló con ánsia.

Amalia miraba con curiosidad.

Aquel papel, víctima inocente del celoso Bruno, aquel papel que él creia ser una prueba auténtica y legal de su deshonra, ó más bien una autorizacion en regla para hacer su voluntad, aquel papel contenia..... ¡dos inocentes hebras de seda blanca!

Amalia comenzó á reir tanto y de tan buena gana, que sus ojos se humedecieron en llanto.

—¿Qué significa esto? dijo con voz de trueno Bruno.

—¿Cuál? preguntó Amalia sin dejar de reir.

—Estas hebras.

—¡Ah, Dios mio! no lo sé.

—Esto es un misterio.

—¡Quizá!

—¡Ah! aquí hay algo escrito.

Y aproximándose á la luz leyó una fecha.

—¿Qué quiere decir esto?

—Una cosa muy sencilla: que ese pedazo de papel se tomó de una carta y ésa era la fecha.

—Lo que es, señora, es que V. me ha hecho poner agua para que lo escrito se borre.

—Pues, hombre, como se borró lo demas se habria borrado la fecha.

—Lo que hay en todo esto es un misterio, y ese misterio es que V. me engaña.

—¿Sabes que has sacado un gran resultado del fondo de la botella?

—Puede V. reirse cuanto quiera; pero yo, convencido de que se me falta, tomaré mis medidas.

—¿De véras?

—Mañana me voy.

—Te deseo feliz viaje, dijo Amalia, que no podia convencerse de que Bruno hablase en serio.

—Es que me voy para siempre.

—¡Ah, sí! pues tanto mejor, así como así, ya no puedo más.

Y Amalia, que se habia puesto séria, se levantó para irse á su cuarto.

El desenlace inesperado del papel la hacia sonreir en medio de la indignacion que las palabras de Bruno la inspiraban.

XVIII.

RESÚMEN.

Algunos dias despues se hallaban reunidos en Fornos Bautista y sus amigos.

Luis faltaba.

Hablaban indistintamente de todo. De política, de literatura, comentaban los sucesos del dia, y referian mil anécdotas llenas de picante gracia.

Federico leia un periódico.

—Hé aquí una noticia, dijo, que me entristece.

—¿Cuál?

Federico leyó:

«La bella y simpática actriz doña Amalia C..... ha sido contratada para el teatro de Tacon de la Habana, para donde saldrá en breve.

»Se dice que ha hecho un ajuste ventajosísimo, pero la buena sociedad madrileña sentirá siempre el verse privada de la inteligente actriz, que merecia toda su predileccion.

»La saludamos cariñosamente, deseándole mil felicidades.»

—¿No lo sabías? preguntó el vizconde.

—No por cierto.

—Amalia, al verse cobardemente abandonada, ha querido ir á donde no sea conocida.

—¿Pero es verdad que ese energúmeno de marido la abandonó?

—Sí, y de una manera indigna.

—¡Pobre Amalia!

—En verdad que parece perseguirla una fatalidad extraña.

—¿Por qué? dijo otro, ¿porque la abandona ese ogro, ese oso blanco que se entretenia en mortificarla? Pues yo creo que si alguna felicidad la reserva Dios, ha de empezar á gustarla ahora.

—Angel tiene razon, Amalia sola puede vivir feliz.

—Amalia está enferma, dijo con tristeza el vizconde.

—Pero es jóven, y la naturaleza vencerá al mal; yo creo que sus amigos debemos darla la enhorabuena por esa soledad de buen agüero.....

—Vizconde, ¡cómo sentirá Luis que haya V. tenido la descortesía de enviarle una bala al hombro! de otro modo, despediria á la simpática actriz.

—¿Cómo está?

—Tiene para un mes, pero no peligra su vida.

—Más vale así.

—¿Y sabeis, señores, la razon que dan de ese duelo, á modo de explicacion?

—No tal.

—Pues se dice que el vizconde es el amante favorecido de Amalia y que ha castigado la osadía de Luis.....

—Pero eso es una infamia; todo el mundo sabe que no es verdad.

—Todo el mundo cree lo peor, mi querido Bautista; hay en nosotros una extraordinaria aptitud para creer el mal.

—Y luégo la escapada del marido en estos dias.....

—Pero se sabe que ha huido con una pérdida.....

—No importa; Amalia es una mujer muy notable, muy visible, para no ser envidiada, y de la envidia á la calumnia no hay más que un paso.

—Es decir, dijo tristemente Bautista, que la he hecho un grave daño queriendo rehabilitar su nombre y castigar á su detractor.

—Pardiez, querido, como esa generosidad es hoy tan rara, se ha buscado otra causa.

—Pues yo os aseguro por mi honor, señores, que jamas he hablado á solas con esa señora, dijo Bautista con su buena fe de provinciano.

—Ya lo sabemos, querido, pero eso no impedirá que se te crea amante suyo.

—Pero es una infamia suponer.....

—Desde luégo, pero la sociedad es así.

—Pues bien, si la sociedad condena por apariencias engañosas, hay un tribunal más alto y más respetable que nos absuelve.

—¿Cuál es?

—¡La conciencia! La sociedad podrá culpar á Amalia, pero ella es honrada y pura, y sobre el anatema social está la bendicion de Dios.



París, 25 de Octubre de 1873.

Las confecciones de este invierno son variadas en sus formas, y por lo general muy elegantes como córte. Como tela, se hacen de paño de todas clases (pañete, paño del Norte y paño montañac), así como de cachemir, de saten doble y de terciopelo. Las de telas flexibles van bordadas de *soutache* y cuentas de azabache y guarnecidas de guipur. Dispuestos en forma de manteleta, estos abrigos se fruncen en la cintura por detrás, ó se entallan por medio de un cinturon. Por delante forman caidas. Una capucha, adornada con lazos flotantes, va puesta en el escote de la espalda.

Hé aquí ahora varios modelos que hé analizado en los principales almacenes de confeccion de Paris:

El *talma*, de paño fino gris, bordado de lana gris sobre la tela y guarnecido á todo el rededor con un fleco de lana.

El *paletó saco*, de paño montañac gris, abrochado en el costado con una doble hilera de botones *dorados*.

El *cardenal*, de paño verde botella, se compone de una especie de talma con mangas dorman y esclavina corta. Va ajustado por detrás por medio de una costura muy sesgada y sujeto al talle con un cinturon que se abrocha por delante. La manga tiene una abertura redonda interior para pasar el brazo. El cuello, de terciopelo del mismo color, es cuadrado por delante y forma punta por detrás. Las carteras de las mangas son muy altas y forman ángulos en el brazo. Todo este abrigo va bordado de *soutache* salpicada de azabache y guarnecida de un fleco con azabache. Un lazo de moaré, ornado por el mismo fleco, va colocado en la punta del cuello por detrás. Este abrigo se hace tambien liso, adornado todo el rededor con golpes de pasamanería, repetidos en la esclavina, el cuello, el peto y el borde de las mangas. En el borde inferior lleva un fleco torcido.

La *casaca-chaleco* se hace de cualquier clase de tela: cachemir, paño, ó terciopelo. La de cachemir va adornada con anchos bieses de terciopelo recortados en ondas, y guarnecida con una ancha guipur de lana. La de terciopelo va bordada de *soutache* y galones de seda con azabache, cerrada sobre el chaleco por medio de broches de pasamanería agremantados de azabache, y guarnecida á todo el rededor con magníficas borlas de seda y azabache. El chaleco va unido á los delanteros ajustados de la casaca.

La *rotonda* es de paño montañac, y va adornada con golpes de pasamanería, y cerrada por medio de cordones cruzados que se abrochan con unas bellotas de pasamanería.

Se emplean todos los matices en abrigos ornados color sobre color. Los adornos negros se adaptan igualmente á las telas de colores oscuros. Los preciados castores y los terciopelos de seda no necesitan bordados; lo que avalora su mérito suelen ser los botones de precio, los flecos, los guipures, los lazos con hebillas y los adornos que sirven para cerrarlos.

En una de mis próximas cartas me ocuparé de los abrigos guarnecidos y forrados de pieles.

En punto á sombreros, difícil, por no decir imposible, es señalar una *moda* determinada; todas las formas se llevan: el sombrero *amazona*, inclinado sobre la frente y por detrás y enteramente levantado por los costados; el *angot*, tan á la moda este verano último; el *ribera*, de fondo flexible, ondulado sobre la frente y las sienes y enteramente levantado por detrás; el sombrero *relámpago*, muy pequeño, puesto en la coronilla, y ostentando los colores azul pavo real, azul celeste y brillante azabache; el sombrero *wateau*, plegado en forma de capota, hecho de faya ó terciopelo; el *Juan-Bart*, para señoras jóvenes y señoritas, porque se lleva muy echado hácia atras; el *mosquetero*, hecho de fieltro ó terciopelo, ornado por cordones de abalorios en las alas, con una pluma amazona puesta resueltamente sobre la copa, y sujeta por delante bajo las alas de un pájaro brillantísimo. Este sombrero es completamente levantado, ó más bien enrollado, y cae por delante y por detras. El *Enrique III*, especie de birrete pequeño, levantado con desigualdad por los lados, y guarnecido con un fleco de plumas rizadas que rodea el borde inferior del sombrero; la copa va cubierta de tres plumas rizadas de colores suaves, y unidas por delante con una hebilla de nácar ó plata. En fin, las formas más variadas, las más exageradas y excéntricas, así como las más sencillas y de buen gusto, se mezclan y confunden en esta suerte de anarquía.

Resumiendo, si resúmen cabe en tan singular revuelta, llévanse muchos fieltros de todos matices y de todas las formas, adornados con terciopelos del mismo color y plumas igualando, ó guarnecidos de faya ó terciopelo de color diferente, con pluma igual y flores diversas. Y por último, se ven tambien muchas *capotas* de terciopelo, de faya ó de turquesa, siendo ésta la única verdadera novedad que en materia de sombreros puedo señalar hoy á mis lectoras.

V. DE C.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1434.

Falda de faya violeta oscura, ornada por dos volantes fruncidos. Túnica larga de gasa de seda violeta claro, dispuesta por detras en forma de pouff y ribeteada (tambien por detras) con un encaje blanco. El delantal de la túnica va enteramente tableado en forma de abanico y guarnecido en medio y en los costados con un rizado de faya violeta oscuro. Este delantal es por delante tan largo como la falda, y redondo por los costados para ir á unirse con los paños de detras de la túnica. Corpiño abierto á manera de fichú, hecho de faya con mangas largas: el escote del corpiño, guarnecido por el interior con una gola Médicis, va ribeteado con un bies de gasa violeta claro. Las carteras dentadas de las bocamangas descansan sobre un puñito de gasa.

Falda de cachemir color crudo oscuro, listada con anchas cintas de terciopelo marron. Túnica del mismo cachemir, guarnecida con dos volantes y dos bieses de terciopelo marron, que forman cabeza. Por encima de estos dos volantes una guipur color crudo con otro bies de terciopelo marron. Este último adorno se prolonga por el costado y el borde inferior de la túnica por detras. Corpiño abrochado en el costado y ribeteado de terciopelo marron.

El figurin que acompaña al presente número, corresponde á las Sras. Suscritoras de la 2.ª edicion.

MADRID.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de ARIBAU y C.ª (SUCESORES DE RIVADENEYRA).